CONCHA ZARDOYA

# PAJAROS DEL NUEVO MUNDO

ADONAIS
XXVII
EDITORIAL HISPANICA
MADRID
1946

# PAJAROS DEL NUEVO MUNDO

*(Los poemas que componen este volumen forman una selección del libro inédito "Las manos y los pájaros".)*

CONCHA ZARDOYA

# PAJAROS DEL NUEVO MUNDO

ADONAIS

XXVII

EDITORIAL HISPANICA
MADRID
1946

# JUSTIFICACION DE LA TIRADA

De esta primera edición de "Pájaros del Nuevo Mundo", de Concha Zardoya, se han hecho cuatrocientos veinticinco ejemplares en papel de edición y ciento en papel offset especial, de los cuales setenta y cinco numerados del 1 al 75, reservados a los suscriptores de lujo de "*Adonais*", y veinticinco numerados del I al XXV para los suscriptores de honor.

*Es propiedad.*
*Derechos reservados.*

## DEDICATORIA

*A Gabriela Mistral, por cuanto le debió mi alma adolescente.*

# I

# PAJAROS DEL NUEVO MUNDO

# PAJARO DEL TROPICO

Exhalación o vaho.
así emerges. No vuelas como todas
las aves de otros climas.
Te emana el platanar y el mismo fuego
de las vírgenes tierras,
allá por las raíces enlazado
al corazón del mundo.

En el aire no hay aire.
Esas alas que tienes no te sirven
para ascender radiante
a la luz casi heráldica
y casi llama viva,
al cielo que es metal o sólo espejo.

Tornasoladas plumas no te bastan
para vencer la atmósfera,
los nudos de las ciegas lianas verdes,
el torpor voluptuoso adormecido,
la emanación caliente,
el respirar sagrado de las flores,
de los gigantes árboles.

El sueño flota, pende y reverbera.
La opacidad difusa aquí no existe.
Y la luna cuaja
su lividez en oro,
nocturno ardor lumíneo.

En el nopal anidas, la serpiente
suele ser compañera en la espesura,
como tú refugiada en lo más hondo,
si el firmamento es rojo al mediodía.

Los salvajes tambores vegetales
a un rito misterioso te convocan:
tú yerras, ondulante, fulgurando,
mas luego los insectos son tu guía.

De la estirpe volátil ya en olvido,
arrastrándote apenas, estirándote,
el arbóreo plumaje vas abriendo
y entreabriendo las frutas
hasta llegar al centro de la selva.
Allí ululan dolientes chirimías,
las melodiosas flautas:
resucitados indios
se quejan y así lloran a sus muertos.
Tú los miras aún con la mirada
del pájaro ancestral que fué tu origen.

Mientras tanto, las aguas, fluvialmente,
arden puras quemándose,
hasta ser esmeraldas, el rubí,
los girasoles ópalos
o el ámbar perfumado.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Tú de nada te asombras. Y así vives,
en secreto añorando

la ligereza aérea de los tuyos
que golondrinas son o ruiseñores,
te llames colibrí o paraíso,
te llames simple pájaro.

# CONDOR

*(Al Aconcagua de mi niñez.)*

La cima de la nieve está en el cielo
—blanco-azul en lo íntimo—,
por los ojos, por aves no gastado.

El cielo está en la nieve, remotísima
cabellera del mundo.

*¿Existe la blancura, el insaciable*
*añil que se confunde*
*súbitamente en las postrimerías*
*del aire ya sin música?*
*¿Existen los colores en el límite*
*de Dios con el destello*
*póstumo de este frío sosegado?*

*¿Se proyecta el amor no solamente,*
*acaso esas nubes como nieblas*
*abrazan la montaña,*
*collares o melenas o penachos*
*inventándose ya por juego y burla?*
*¿Qué espera la alta roca más nevada,*
*frente a frente a la luz*
*acabándose lenta,*
*fuera ya de los mundos?*
*¿Cuál silencio se siente*
*donde nadie se atreve ya a volar,*
*donde sólo el vacío*
*es la atmósfera quieta, irrespirable,*
*sin vaivén o caricias de flor-céfiro?*
*¿Cuál realidad emerge que yo ignoro,*
*de estos países ámbitos*
*contagiados de cielo y fresca nieve*
*que su principio hallara,*
*oscuramente deseosa y pura,*
*sobre la más antigua arena*
*de valles o desiertos?*

Así inquiere al paisaje
un azulado cóndor solitario,
sin llegar a la cumbre que él anhela.

Apenas verdadero le parece,
lunar, apenas vivo y no terráqueo.

Y en la altura no sabe
de la luz más espesa y meridiana
que surge clamorosa
al borde del océano,
desde aquí visto aún como un infante
jugando con guirnaldas
de rumoroso nácar semi-verde.
El no sabe del mar ni de la hierba
de los sencillos prados.
Sólo ansía escrutar esa montaña
y preguntarse triste al contemplarla,
por qué todo se borra
y por qué no es posible todavía
ascender felizmente
a su esquiva presencia casi cielo,
casi atmósfera o nube
alejándose siempre.

Poderoso volando
las crestas de los Andes por encima,
no alcanza el rostro amado indescifrable,
su hermosura gentil, su erecta nieve

que le oculta ese cielo
también enamorado.

El vacío separa.
El vacío no quiere
la subida de nadie,
ni el volar más titánico.

Pero abajo resuena
un gemido de pájaro suicida,
casi grito en el eco.

No pudiendo alcanzar esa montaña,
el cóndor, fugitivo,
se sume en los espacios, deseando
morir y así extinguirse.

Las azuladas plumas se disuelven.

Todo está igual y andinamente yerto.

# BUITRES

El llano es horizonte.

Es el máximo círculo
que gira dilatado sin moverse,
huyendo de sí mismo, melancólico.

La rasa desnudez se finge senos
con dunas arenosas y colinas.
(¡Imagen de mujer perpetuamente,
enfebrecido cuerpo milenario,
parpadeo de amor, amor que yace!)
Los médanos, también, son pechos frescos,
o caderas, o muslos,
o temblorosas grupas,
donde el agua se duerme acariciando

la tersura gentil
de las formas perfectas.

Antiguas rocas grises,
arrugadas cuarcitas y pizarras,
granitos que rodaron de los Andes
se alzan como rostros,
petrificados ceños invariables,
desde este bajo suelo devorado
por una seca luz o luz difusa.

Los sauces, los ombúes y eucaliptos
apenas su verdor en esta tierra
cual manchas diseminan,
cual relieves que casi sobresaltan.

La eternidad delante, caminando:
así los llanos siguen a los llanos
sin llegar a perderse.

Después, los animales: bueyes fulvos
que mugen encelados,
corderillos que balan o que pacen
esa hierba ceñida, esa epidermis
cual túnica pegada a la llanura...

Los belfos sonrosados
imitan tiernas flores,
estremecidos pétalos
un marfil ocultando sensitivos,
una verdosa lengua acariciante.

Indomados corceles ya relinchan.
Espuma huracanada son sus crines,
muy cerca de las nubes y del viento.

¿Qué pájaros, ahora, tan pausados,
tan concéntricos, vuelan por encima?
Son acaso las garzas
delicadas, reales?
¿O tal vez los flamencos,
emigrados del río,
que su color airean?
Son las cigüeñas blancas
venidas de las torres?
¿Las palomas bellísimas,
en tornasol zureo?
¿Un tumulto de alondras
que buscan al venado presuroso,
al más lento armadillo?

¿Los ruiseñores músicos?
¿Los pájaros del alba?

No son las avecillas de la aurora.
No son veloces aves,
alados resplandores con un trino,
sonrisa modulada en la garganta.

Son aves de la muerte.

Inviolada mirada ya cerniéndose
sobre testuces nobles
y el candor de los ojos.

Son aves impiadosas, aves malas
que acechan y vigilan a las bestias,
el brillar del pelaje, los inquietos
ijares, la agonía
que presienten acaso ya muy próxima.

Rapaces, crueles pájaros
afilando sus garras,
el amarillo pico deseoso.

Alas negras, de un negro inmarcesible,
acompasan el ritmo,
azotan el claror de los espacios,
más oscuras aún
que el denso terciopelo de la noche.
Y las plumas metálicas
sin cansarse destellan,
girando, alucinadas
por rotos, desangrados corazones.

Mañana la espiral ha de cerrarse.
La tragedia vendrá con el pampero,
de rapto y frenesíes traspasado:
derribará las ancas y el orgullo,
las venas sonorísimas,
el juvenil galope de los potros...
Y las dulces terneras
morirán mansamente.

Los buitres—¡son los buitres esas aves!—
bajarán desde el cielo,
acaso en vertical como una espada,
acaso en un zigzag como los rayos.

Ya no existen las ansias. Ya relucen
las mondas osamentas.
Inmóviles están los esqueletos.
Las purpúreas hormigas, sin embargo,
una hojita de trébol les ofrecen,
en postrimero amor que es ya imposible.

Un sol morado besa
los derribados huesos sin aroma.

Final silencio póstumo
emerge de las pampas.

# PAJAROS BOBOS

Helado corazón donde no crecen
las perfumadas hierbas, las florecentes
criaturas vegetales.
Si sangre tiene dentro es casi pálida,
tan yertamente seca
y tan apenas viva y fluidora
que es hielo moribundo casi inmóvil.

El abedul antártico
apenas su madera,
sus hojas pequeñísimas
alimentar suplica bajo tierra,
allí donde la nieve tal vez puede

calentarse perdida y sepultada,
siendo un agua secreta y sin destino.

Y los apios silvestres
apenas surten puros, milagrosos,
de las mareas altas,
junto a las coralinas rocas tristes.

Las ráfagas del viento y aun nieblas,
aun nevadas lluvias,
con pie desnudo y látigos,
invaden ciertos páramos extintos,
estos dormidos límites del Sur.

Oceánicos fríos
arrasan todo aliento,
perforan la epidermis:
se muere lo sensible,
las uñas delicadas,
las orejas azules,
el morado latido de las venas.

Un níveo sueño queda aletargando
los cúmulos, el cuerpo, los deseos.

¡Desolación austral,
supremas nieves últimas!

¿Es bello este paisaje abandonado,
este confín remoto,
presagio de ese Polo impresionante?
¿Es bella aún la desolada nieve,
el poderoso hielo sobre rocas
eternamente oscuras en lo hondo,
bajo una luz final,
sospecha postrimera
del sol que nunca han visto en su cenit?

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

¡Difunta luz o yerta luz muriéndose
a pesar de que es día!

No hay hombres en el páramo.

Sólo insectos sin alas, sin color,
emergen de la tundra
apenas insinuada.

Sólo bivalvos grises o de nácar,
sólo nutrias suavísimas,
marinos lobos negros calentados
por el rayo más débil.

¡Cuánta tristeza fría!
El mundo aquí agoniza lentamente.

Sólo albatros audaces,
cual relámpagos negros,
rubrican el espacio,
la cresta de las olas.
Sólo petreles niños, solitarios.
Sólo estas aves tímidas, esquivas.

Sólo pájaros bobos
graciosamente andan pausadísimos,
se mueven, gesticulan casi humanos
o, lentos, se zambullen
y bogan con los remos de sus alas,
enfriadas alas que no saben
volar ni remontarse, ni viajar
por el cielo, palor que no destella.
¡Tontas alas de pájaros ya tontos,
de maldecidas plumas para el vuelo!
Alas de sal y húmedas,
disecadas por la glacial atmósfera!

¡Pájaros-peces, pájaros australes,
bobas aves terrestres y marinas,
bobas aves no aéreas,
en el paisaje blanco,
endurecida espuma!

Pájaros, ¡ay!, que apenas
consiguen ser ya pájaros,
mitad peces nadando:
la tierra yace extinta,
así les niega párvula lombriz
y dorada simiente.
Pájaros que las manos y los labios
y la simple mejilla no acarician.
Aves que no aletean en las sienes
del hombre melancólico,
ni emiten un gemido
si éste las olvida,
ni trinos sencillísimos.

¿El invierno? ¿El verano?
¿Y los días? ¿Las noches?
¿Lo negro? ¿La blancura?

¡Para qué comprobarlo donde reina
la nieve sigilosa!

Las antárticas aves
pasean sobre un mármol milenario
donde nada resuena.

Gesticulan los pájaros más bobos
sin desvelar un ruido.

# II

# HOY FLORECEN LAS AVES EN SU REINO

# PAJARO DEL MAR

*(A Dámaso Alonso.)*

¡Oh bosque azul sin árboles!

¡Marinos mirtos bellos!
¡Melodías! ¿Las arpas?
¿Follajes que no existen?

¡Olas niñas, adolescentes olas,
íntimas olas, flores
de un bosque sumergido!
¡Espumas, rosas blancas
y grandes azucenas,
los glaucos oleajes!

¡No son flores de sangre
y no son flores ígneas,
sino flores ligeras ondulando,

casi aún melodiosas e irisadas,
efímeras, mas luego renacidas
en transparentes nieves!

¿De quién huyen sin forma?
¿El negro-azul delfín
que oculta su blancura, los navíos
amenazan herirlas o besarlas?

¿Floración rumorosa
del mar indescifrable,
cuando un viento salado
se enamora de dicha?

¿Las gaviotas, acaso, los alciones
horadan presurosos las mejillas,
los delicados párpados
de las doncellas olas,
de las bordadas randas?

¡Callad, marinas aves!
Callad, marinos ríos!

¡Un gran fulgor asciende!
Exhalación corpórea, tal relámpago!

Inesperadas plumas,
humedecidas alas
asoman finos ápices.
¡Crecen! ¡Baten! ¡Ya vuelan!

¡Es un pájaro solo!
Ave-mar o pez-pájaro,
diamantino de luz
que al cielo se devuelve!

Cual ritmo sin estela va volando,
emanación marina
transmigrada a los aires.

Es de fúlgido nácar,
escintilante, puro,
donde la sal rebrilla
y el agua más profunda
alzada en el plumaje.

¡Un vestido oceánico!
¡Oh nevada cabeza!

Si, mimosa, la espuma
sabía acariciarlo,
hoy elige a la aurora

cual si fuese la amada:
le oprimía cual ninfa,
le quemaba su albura.

Fríamente azulado,
ya no quiere bruñirse,
ni las sienes rozar de aquellos peces,
ni los flujos purpúreos,
ni amatistas mareas otoñales.
Ni las núbiles algas ya siquiera,
ni aun los pedacitos
de coralinas rocas derivando,
las guijas argentadas
del fondo submarino.

El horizonte, iluminado apenas,
es ilusorio límite.

¡Altísimo, al lado de las nubes!
¡Qué distante la mar, o retirándose!
¡Lámina, sí, remoto centelleo
eternamente vivo!

Su sombra ya no oscila,
a compás de vaivenes, en las aguas.

¡Qué lejanos los peces,
las más duras arenas
ciegamente amarillas!

¡Ciertas olas parecen, a lo lejos,
violetas, malvas pálidas!

¡Altitud, altitud que él adora!
¡Oh! Voluptuosidad, inmenso círculo!
¡El sol! ¡El sol! ¡El sol!

Su grito es un diamante
que cae de los cielos.

Mas la noche aparece
al final de este día:
porosidad, mirada absorbedora,
en su hondura suavísima,
epidermis del mundo
circulada de estrellas.

¡Hay que huir de la noche!
¡Descender cual un pétalo
o un oscuro mensaje,
hacia el mar en tinieblas!

# EL PAJARO-NARCISO

De los profundos cielos descendía,
huyendo ya de la difusa atmósfera
y circundante luz de las alturas.

Amantísimo viento
no sé qué resplandores
subidos de la tierra, de las aguas,
insinuó por sus ojos, proclamándole
la nueva soledad de los espejos,
el extasiado amor de contemplarse.

Ahora fluye el agua, va surgiendo
del hondo manadero de su origen,
lejano vientre aún para el que vuela.

Suspenso, ante el hallazgo, se detiene:
la finísima arena suavemente
va pisando feliz y los guijarros
que están en las orillas pensativos.

¿Qué forma entre hojarascas aparece,
velada, casi, casi movediza?
¿Oro pálido, glauco jugueteo,
menuda maravilla semi-errante,
semi-inmóvil negror que casi ondula?

Medroso es su mirar, mas luego es ávido.
El pájaro descubre
una alada cabeza, la volátil
soltura de ese cuerpo diminuto,
las tímidas plumillas
que apenas han crecido sobre el párpado,
y aquéllas más brillantes de las alas.

Inabordable amigo para el céfiro
y gentiles mariposas,
¿qué pájaro es aquél que le contempla,
como un sueño dichoso ya palpable
que hermosamente emerge?

El agua copia el ritmo
ínterior y callado que le surca,
la sangre palpitante y delicada
y acaso el respirar que no se oye,
cuando el viento la mueve y la desliza.

No al baile de las hojas él se asoma,
no a la danza floral de lirios náufragos,
de las cortadas flores que navegan
por el espejo vivo de las aguas,
también flotante y clara sepultura.

Sólo verse las galas primorosas,
la aérea estirpe y leve forma quiere:
gozarse, predilecto,
sin tregua contemplarse
la agilidad tan fresca, su vivaz
contorneo, su inquieta irradiación
y su erecto piar que le estremece:
un lento goce íntimo
hallar en la presencia tan esquiva.

No por vano capricho nació bello.
¡No por cosa de juego hízole Dios
de suaves plumas áureas, tornasoles!

Si él viviera entre sierpes y tarántulas,
entre morenos topos y raíces...
Si él poblara las tumbas,
las apagadas bocas ya sin nombre,
los corazones secos de los muertos...

Que es un ave bellísima
reconoce mirándose, y también
que su rostro se cambia y se trasmunda
en otros más perfectos y sensibles,
según el sol se aleje o su victoria
irrumpa y resplandezca,
según, enfosquecido,
se oculte entre las ramas de los sauces.

Así, fluvial, se alonga y se adelgaza
el cuerpecillo dúctil,
hasta ser transparente, pareciéndole
que un misterioso pájaro ya surge,
crece de su recóndito plumaje
o desnudez oscura que posee.

Y del nacido pájaro
se enamora. Y ansía
la suavidad sentir de su hermosura,

la tibieza palpar de sus dos alas,
el sagrado calor atesorado,
y cual lumíneo rayo penetrarle
aquel amor o arrobo que le quema.
¡En el frescor estar y confundirse
por siempre ensimismado!
¡Y no más diverger,
no ser copia tan sólo de su imagen!

Pues ¿cómo la tan débil pelusilla
tocar íntimamente,
el mellizo color de la cintura,
el aroma final de antiguos vuelos?
¿Cómo es acariciable
su traspasado cuerpo de belleza?
¿Cómo imprimirle un beso,
el suavísimo beso deseado?

El ave de la orilla, casi un junco,
inclinándose va detrás del ansia:
a sí misma se besa en la corriente,
a sí misma se tiene poseída.

Después de abandonarse al misterioso
dictado de ese amor o de esa muerte,

se le apagan los ojos
al moribundo amante.

El agua va cerrando
sus concéntricos círculos.

El cielo se abre en llanto.

# PAJARO DE AMOR

No vuelas en la cumbre matinal de los días.
No pasas sobre el mundo
ni rozas esas flores
echadas en la hierba,
el reflejo lunar sobre las aguas
y los caballos grises que hacia ellas galopan.
No te duele la antigua soledad de los montes.

No por el cielo vas ni por la tierra,
¡oh, pájaro que sé en alguna parte!

¿Por dónde vuelas tú, cuajando dichas,
rindiendo cuerpos en espera al rapto
y los delfines muslos al incendiado océano?

¿Por dónde vas que así restallas besos fúlgidos
y enciendes de ansia los rechazos fríos,
esa herrumbre casi verde, casi apagada,
casi triste, final, del solitario?
¿Por dónde escapas tú, ardor triunfante?
¿Por dónde huyes, Amor,
o hacia dentro te embebes?

Las indefensas, puras, entrañas de la vida
por vientos de suspiros oreadas, por frágiles
caricias del dolor que es más dichoso,
informemente siento que tú moras.
Es por la sangre tu volar en llamas,
es por el pecho, sí,
y el anillo gentil de la cintura.
Es por las bocas ávidas
y por los ojos íntimos,
por el iris que ansía desnudar y empaparse,
sonreír con los labios que se buscan,
fugaces o profundos, en un aire-misterio.
Es la sangre y el alma el país que tú habitas.
Tú vas por el respiro lento del corazón,
por la sedienta playa que no sacia
la sed más invasora, la sed incandescente.

En picoteo dulce, aquejas y deleitas,
gorjeas y sollozas, encerrado en el seno.
Bogas sin prisa a veces, a veces raudamente,
hasta el secreto origen que persigues,
o extasiado te quedas no sabiendo del mundo,
o rueda's a la muerte melancólico.

Ahora estás en mí como un sol cenital.
Ahora estás ardiendo y no eres sueño,
remota aspiración adolescente,
ansiedad juvenil en desvarío.

¡Oh fuego, purifícame,
oh pájaro sagrado, para ascender en chispa!
¡Bajo un árbol extíngueme de pronto,
o bajo la mirada de los cielos!
¡Quémame ya, destrúyeme, incorpórame
a la llama, oh Amor, ceniza vuélveme!

# EL PAJARO Y LA LUZ

El ápice del ala suplicante
hiere la suave luz que va rodando
hacia las rocas grises de la tierra.
La hiere, sí, la palpa y la fatiga
en ese descender o huir del cielo.

¡Pesa el pájaro azul
con su cuerpo de pluma!

La claridad enferma, si se aleja
de aquel aéreo mundo que habitaba,
divina casi o sólo ya impasible.
No sentía el volumen de los pájaros
en tal inmensidad vacía de aire.

No sentía vivir aquellas vidas,
ni palpitar los cuerpos que volaban.
Impreciso era todo, ya deshechas
las formas. Corazón anulado
era el ave más viva.
(¡Tan fácil es volar como estar muerto,
en la apacible atmósfera sin límites!)

Y así la luz se siente hollada ahora,
si el débil aleteo le traspasa
la grácil desnudez y cabrillea,
o es simple revolar tornasolado.
Le duele aquel aliento que la cruza,
aquel ojo rubí que la contempla,
aquel plumaje blando tan suavísimo
que entrecubre una carne delicada.

No sabe la avecilla
que interrumpe el lumíneo fluir
hacia la roca, el ávido mensaje
del solitario espacio más remoto.

Pulida está la piedra por los céfiros,
alisios o monzones insistentes,
y hasta la han vuelto espejo de la altura.

(Mas no vienen los hombres a mirarse
al páramo olvidado.
Las auroras, en cambio, los crepúsculos
no renuncian llegar a tales sílices,
ni brillar por encima cual diamante.)

Generosa, la luz
adviene fidelísima,
sin usar las escalas de la luna
o del radiante sol reverberando.
Y sola se desliza
y mana bellos ópalos,
irradiación del semen que alborea
en el más alto cielo recrecido.

El pájaro, inocente, se interpone,
cuando vuela feliz sobre la roca,
entre la luz que baja
y el destino que tiene
de alumbrar a las piedras
sin pisar lo entrañable de su hondura.

¡El pájaro le pesa
a la luz descendida!

¡Cual aroma quizá,
cual un ritmo contrario,
cual un polen sin flor!

Le duele, indescifrable,
al claro advenimiento, aquel volar
apenas modulado,
apenas presentido.

El Universo es fin, y a él se allega,
eternamente hermosa,
desde el nidal de Dios que es su principio,
la luz huyendo pájaros.

# PAJARO DE TRISTEZA

No es un cielo ya el alma pura.

Sin aire vuelas, pájaro de pena,
el interior espacio ayer purpúreo
de amor y fresca dicha.

De pronto has advenido cual un negro
relámpago aún inextingible,
o dolorosa luz ennegrecida
que luego ha de morir
y, renaciendo, ser triunfante oro.

Postrimera te sueño,
mal ave densa, círculo de llanto
que así envuelve este seno y esta vida
ayer en sencillez y hoy postrada.

Como una muerte rondas. Llegas, pisas
la flor múltiple y viva de mi sangre.

¿No te importa rozar
y así herir deshojando?
¿No reconoces lágrimas que fluyen,
el joven respirar languideciendo?

No ligera tú vuelas tercamente
este plúmbeo cielo,
tal aire confinado.
Ni traes lejanía en tus dos alas.

(Oscura realidad de verme herida
por un extraño peso que me absorbe
el volátil misterio del espíritu.)

¡Oh pájaro de piedra, vuela al cielo
de Dios, ya liberándome!

# PAJARO DE LA NOCHE

¡Inmensas alas negras casi blandas
y casi palpadoras,
inmóviles o fijas, mas errantes!

¡No hay surcos melancólicos
donde se oculte el aire
ni el surtidor más puro:
el viento no se opone a su dominio!

Muertas yacen las auras,
los tornasoles ópalos del crepúsculo
y los rayos finales, amarillos
en la gloria del día,
hallaron su morir al prosternarse.

¡Voraz azul nocturno, ansiosas plumas,
ave densa en el cielo!
¡Voraz respiro último
que absorbe los alientos, el contorno
de los árboles bellos, de las bocas
infantiles o púberes o ancianas!
¡Beso largo, sin prisa!

Un cisne, a veces, negro, tú atraviesas
los recuerdos—¡legión!—y los aromas
que de la tierra suben a la altura,
cual un río bogando
a su fin o a su pérdida.

Ebrio, en otras, ya sangras viva púrpura,
enfosquecidos humos, aflicciones.
¡Sus ojos no se ven de tanta sangre
y tanta oscuridad en demasía!

Con estrellas fugaces, a posarte
bajas, huyendo acaso de ti mismo,
en las ventanas ciegas de los hombres.
¿Acaso lavas tú con buen rocío
la mueca de amargura de las puertas ?

Luego, acercas tu rostro,
tu pluma tan callada como muerte,
a esos gestos humanos
entregados al sueño,
a las castas mejillas sonrosadas.

¡Oh noche espectadora, oh vidente!
¡Embriagas tu avidez de intimidades,
de paisajes soñados, de la oscura
diadema interior que nos florece!
¡Furtivo cazador, eterno espía!

¡Oh pájaro que adornas tu plumaje
con astrales riquezas
y las estrellas-flores!
¡Enervas ya los gozos asomados
al poderío aciago que tú ejerces!
Abismas en tu ser al que contempla
tu faz o vieja tumba en su desvelo.

Tienen miedo los seres de morir
solitarios: así miran e invocan
tu corazón-silencio:
¡más sabes de los muertos que la tierra!
¡Oh nocturna sapiencia, ojos altos

de Dios por las alcobas de las sienes,
del flujo y del reflujo de los sueños,
del incurable amor obsesionado,
de toda palidez en agonía
bajo cirios y lágrimas quemándose!

¿Qué han de decir los labios,
qué los pechos, al borde de la muerte,
oh pájaro, mirada postrimera...?

Mas tu faz, entre tanto, calma suave
briza en el pecho triste.
¡Cual un párpado fiel, tu amor desliza
el voluptuoso llanto,
la sensible esperanza llega y vive:
anegada se queda
de dulzor nuestra vida!

¡Oh noches! ¡Yertas alas!
¡Oh glacial altitud, combada sombra!
¡Oh constelado pájaro!

# LLANTO DE UN PAJARO POR EL POETA MUERTO

*(A la memoria de Miguel Hernández.)*

Un puro cuerpo, tierra,
se devuelve a su origen.
Es hijo que refluye
a su materno vientre.

Trasnada negras ondas
de sangres muertas, grávidas,
oscuros laberintos,
raíces, huesos, polen...

Es luz que hunde en tu seno
la verdad de su lumbre:
esa estrella hermosísima
que ha huído de su cárcel.

No hay losas que la cubran,
pues, viva, inscrita queda
en todos los paisajes
de río y de montaña.

Por dentro va del mundo:
por dentro de las rocas,
del mar y de las viñas.
¡Más alta va que el cielo!

Y luz son sus dos ojos,
verdad que no se extingue,
ni nadie ha de segarla
pálidamente un día.

¡Su nombre irrumpe en ti
astros despeña, nubes,
flores de amor, el llanto
y rayos que no cesan!

¡El Este, el Sur, la grama
olivos y manzanos,
la tuera y el jazmín
y los besos más fúlgidos!

¡Remansa, oh tierra madre,
sus dones, como espuma!
¡Y guarda tú, despierta,
su sueño postrimero!

¡Aya una vez, por siempre!
¡Cuna final, regazo!
¡Bóveda, sí, de hierba!
¡Inmensidad, no féretro!

Aquí yo estoy llorando...
Vendrá la Primavera
cuando los hombres se amen
y el odio ya no exista.

Yo cantaré de nuevo
para el niño que aduermes,
sobre ti o en el aire,
una nana bellísima.

# DETRAS DEL MUNDO

¿De dónde viene el viento casi cálido,
la ligereza azul que hoy los lleva
a ese país radiante,
bien hallado confín detrás del mundo?

La cumbre de la noche abandonaron,
aquel espacio antiguo que la luna,
al irradiar su fría luz de escarcha,
en sombras envolviera,
aquel trono sin aire suspendido.
Y el oscuro semblante,
el embozado rostro
los miraba partir desde lo alto,
aprestar el ensueño, las dos alas.

Nocturnos todavía,
el más pesado cielo levantaron,
al nacer esta aurora, al apagarse
la postrimera estrella.

¡El día! ¡El no estrenado nuevo día,
después de aquel silencio,
de aquella paz yacente,
emergió con el sol!

Las azules estelas de otros pájaros
los guiaron después,
mostrándoles la ruta disfrazada
de caminantes nubes,
de hermosas nubecillas.

Huían de la noche, del otoño
más lento y melancólico,
de la ciudad inmóvil,
de aquellos pobres nidos
en ella solitarios.
Huían de las calles, pues perdíanse
en el húmedo cieno-laberinto:
¡las palomas quedaban sepultadas,
en su muelle regazo prisioneras!

Huían, sí, huían de los hombres,
de las columnas rotas,
de aquellos cementerios
donde el mármol se enfría
con el hueso glacial de extintos seres.
Huían de las cunas:
niños muertos dormían como vivos
entre el jazmín encaje derramado.
Niños muertos cantaban viejas nanas.
Era triste mirarlos, siempre triste.
Mas las aves, las dulces avecillas
no sabían llorar ni despertarlos
con un suspiro suave como un beso,
con el perfume alado de unas plumas.

Atrás dejaban pálidas mansiones,
el amor de las frágiles mujeres
a unas quietas ventanas asomadas,
el amor de las novias casi tímidas.
Ni la clara sonrisa
de esas bellas muchachas les detuvo,
al partir por la aurora,
ni aquel ensimismado adolescente
nunca ya más hondero de los pájaros.

En volandas hoy llegan como ebrios:
una pristina luz en las miradas
granates o turquesas les refulge.
En turbulencia aérea,
gozosos, hoy advienen, derramándose
desde el alba feliz hasta la hierba.
Como flores ya caen en los árboles,
y pétalos abiertos ya parecen
las calandrias, los ruiseñores líricos.

Nace en este país la Primavera.

Los vuelos oreándoles,
un perfumado aliento hoy les sube
de los céspedes libres, del silvestre
escaramujo y trébol.
Y el sabor de la tierra hoy conocen
al picotear las frutas,
una total atmósfera
o diáfana alegría,
en este amanecer que ya es idéntico
a la aurora primera de los mundos.

La claridad, la sombra,
el denso luto mismo de lo oscuro

ni un misterio les guarda.
Los follajes no tienen ni un extraño
susurro, ni un desvelo, ni un mutismo
irrevelado aún para el oído
sensible de los pájaros:
el verde terciopelo de unas hojas,
casi blandas y casi endurecidas,
no desmiente a las aves
su sonar diminuto;
ni la eclosión por dentro
de ciertas florecillas
tampoco es soslayado...

(Orfeo, acaso huyendo de la Esfinge,
dejó aquí su música, en secreto,
su música inefable
que aprendieron las dóciles violetas,
los más blancos narcisos de este bosque,
alzándose a los cielos como alondras,
las melodiosas aves).

Y otras hermanas, otras avecillas
se suman al concierto:
un trinar acordado, ya sinfónico,
asciende sostenido, a las alturas.

Celestes coros ávicos, estirpes
que no mueren, un canto sin principio
o loa bien purísima
al Criador elevan sin saberlo.

En tal país edénico
ni el más menudo insecto vive oculto
allá por las raíces,
en esa alcoba negra bajo tierra:
el gris escarabajo rutilante
emigró a los establos de un hipódromo,
el coccíneo alacrán también se ha ido
y se ha ido la serpentina víbora...
Sólo tal vez libélulas,
las yemas ruborosas de los nardos
y los musgos tiernísimos.
No se nutren aquí de los difuntos
que entregaban su sangre a los rosales,
no de semillas hondas
antes cintura y mano delicada,
antes mortal esencia femenina.
Y el gavilán aquí y los neblíes,
sin armas, sin deseos,
revuelan mansamente, acariciando
las pomas sonrosadas y melódicas.

Aquí los crueles pájaros,
esas letales aves de la muerte,
depusieron sus ansias, en dulzura
trocadas y apacibles.

Hoy florecen las aves en su reino,
en el aire más virgen
profundamente absorto
en su sagrado estar
sobre el sagrado bosque.
Recién creadas yacen.
Respiran suavemente.
Tal vez las mariposas
vuelan aún aquí tornasoladas,
casi pájaros, casi polencillo.
Ni los gentiles ciervos van paciendo,
ni los blancos antílopes ni corzas
su hierba predilecta.
Ni hay ángeles, siquiera, desterrados,
ni agrestes genios en los prados verdes,
como un recuerdo vivo de los hombres,
de crueles cazadores ya no púberes.

Vegetales familias sólo moran,
comparten este reino con los pájaros,

este país volátil:
con las sombrías aves de la noche,
con los excelsos pájaros del alba,
con aquellas viajeras golondrinas
ahora sedentarias y no inquietas.

Jamás los pies viriles
han de pisar tal césped, tales hierbas.
En estas soledades no ha de oírse
aquella voz humana, el alarido
que asustaba al pinzón, a la abubilla,
al zorzal de los campos andaluces.

Universales pájaros
de su forma contentos,
de su trino seguros, avecillas
celestes, sin recuerdo de aquel mundo,
habitan este cielo que no existe
como existe un país o existe un hombre.

Resplandecientes pájaros sencillos
centinelan impávidos
el azulado límite
que apenas los separa de los astros,

de aquel helado ardor que no se toca,
que apenas los separa de un lucero.

La Eternidad es Dios, está delante,
está fluyendo quieta, sin pasado,
sin mañana: es el Tiempo ya libérrimo.

Los días no transcurren.
Estrelladas noches sin declive
suceden a las tardes luminosas.
El solsticio es de alondras y gorriones.

Abiertamente alegres, estos pájaros
contemplan los confines de esta Nada,
en olvido vital de aquella astucia,
del pudor, de los sueños, del caliente
añil de los estíos.

Ni una conciencia atisba, en derredor,
la muerte, aquella destrucción que sigue
y sola permanece.

Vivir es el destino
que aceptan sin preguntas ni miradas,
debajo de la aurora y del crepúsculo.

¡Inscritos, indolentes, constelados,
céfiros melódicos,
musical riachuelo, la cascada
sobre el trébol gentil y no segado
que apenas rozan leves!

¡No se afanan por nada, y un unísono
oleaje que suena son los pájaros
en el áulico bosque!
¡La alegría les mueve todo vuelo,
el piar les unciona,
los tiernos corazones!

Alguna vez, cual nubes,
arrastran oro y fuego,
inundan con las alas
el cielo despoblado,
la rasa claridad del mediodía.

Y alguna vez, en cambio,
flotan raudos, sin cuerpo,
sin vértigos ni edad,
en la planicie alta, a la deriva,
abandonados casi en el silencio,
en la creciente luz mediterránea.

Y el petirrojo silba. Los vencejos
han hallado una torre en un relámpago,
resplandor fugitivo de otras cimas.

# PAVANA DEL SILENCIO PARA LOS PAJAROS MUERTOS

El cielo, abandonado, nos rehuye.

Esquivamente lejos va velando
su rostro ya sin música,
su triste inmensidad que está vacía.

Como apagado yace
por un dolor profundo allá en lo íntimo,
y, frío, en lo más alto, palidece
de una nostalgia-amor ya sin remedio.

Los vientos han huído no se adónde,
buscando otras lagunas menos yertas
o menos melancólicas,
la tierra virginal ensimismada.

Las azulinas nubes,
no-me-olvides del cielo,
espectrales ahora, casi negras,
casi grises, cual hojas secas parten
en un lento cortejo,
desesperada ronda en agonía,
a ese confín oscuro del olvido.

Lentamente en silencio van las nubes,
pues no se oye su duelo:
en queda letanía a la distancia.

El cielo permanece solitario.
¡Cuán vieja es su presencia y es su bóveda
o palio funeral que no se mueve,
eterno mausoleo sin sus féretros!

¿Los pájaros...?, decidme.
¿En dónde están los pájaros,
aquellas confidentes golondrinas,
aquellos saltarines gorriones...?

Nadie responde a nadie en el silencio.
Quiénes fueron las aves nadie evoca.

Nada aletea aquí o va cruzando.
Ni el eco de un trinar es perceptible.
Ni un lúgubre lamento oírse puede,
ni un réquiem moribundo...

¡Qué distantes las alas!

El sudario vastísimo del cielo
absorbe los recuerdos que han quedado
en su diáfana atmósfera.

Ya los sencillos pájaros no existen:
ni un gorjeo suavísimo,
ni unas plumas color de fiel semilla...

Los tiernos corazones diminutos
inmergidos están en el No-tiempo:
emigraron, celestes,
al otro firmamento deseado,
fresca tumba de añil y permanencia.

Las delicadas alas, las transidas
por un ansia difunta
—palpitación postrera—,
baten un aire denso ya sin aire,
el extinguido viento de la nada.

¡Los pájaros murieron, criaturas!

Como un párpado el día vierte lágrimas
sobre el vacío espacio.

Ya camina la sombra a paso lento.
La eternidad sepulta y los adioses,
la eternidad enferma de sollozos
desde el alba del mundo contenidos.
Serpentea y se ahonda hasta ser noche.

Una luna final
es la mortuoria losa que fulgura,
en sí misma inscribiendo,
acaso realmente, acaso en sueños,
los dulcísimos nombres de los pájaros.

Nocturno, el cielo, sin estrellas vivas
y tan desconsolado,
pende ya como un hueco dando miedo.

# INDICE

*Págs.*


DEDICATORIA ..... 7

I.—PAJAROS DEL NUEVO MUNDO:

Pájaro del trópico ..... 11
Cóndor ..... 15
Buitres ..... 19
Pájaros bobos ..... 25

II.—HOY FLORECEN LAS AVES EN SU REINO:

Pájaro del mar ..... 33
El pájaro-narciso ..... 38
Pájaro del amor ..... 44
El pájaro y la luz ..... 47
Pájaro de tristeza ..... 51
Pájaro de la noche ..... 53
Llanto de un pájaro por el poeta muerto. 57
Detrás del mundo ..... 60
Pavana del silencio para los pájaros muertos ..... 71

## SUSCRIPTORES DE HONOR
### DE
# ADONAIS

Teresa de Ahumada.
Remedios García de la Bárcena.
Nieves Fernández-Canivell.
Matilde Marquina.
Rosa de Vaquero.
Carmen Dupuy.
Joaquín de Entrambasaguas.
José Luis Estrada.
Vicente Aleixandre.
José Antonio Muñoz Rojas.
Carlos Rodríguez Spiteri.
Carlos Martínez Barbeito.
Bernabé Fernández-Canivell.
Luis Jorge Ramírez.
Cecilio López Guevara y Cortés.
Pedro Pérez Clotet.
Javier de Aznar.
César González-Ruano.
Eduardo Aunós.

Los ejemplares de honor de ADONAIS, que van numerados e impresos en papel offset especial, llevan el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

Esta suscripción es limitada a veinticinco ejemplares, y su importe trimestral, correspondiente a tres volúmenes de la colección, es de cincuenta pesetas.

# Colección ADONAIS.

## COLECCION DE POESIA

### ULTIMOS VOLUMENES APARECIDOS

XIX.—Carmen Conde: ANSIA DE LA GRACIA.

XX.—Ildefonso Manuel Gil: POEMAS DE DOLOR ANTIGUO.

XXI.—Pedro Pérez Clotet: SOLEDADES EN VUELO.

XXII.—Joaquín Romero Murube: KASIDA DEL OLVIDO.

XXIII.—Eugenio de Nora: CANTOS AL DESTINO.

XXIV.—Longfellow: AUREOS INSTANTES.

XXV.—José García Nieto: DEL CAMPO Y SOLEDAD.

XXVI.—T. S. Eliot: POEMAS.

### EN PREPARACION

Volúmenes de Vicente Aleixandre, Paul Valéry, Victoriano Crémer, Paul Claudel, Charles Beaudelaire, John Keats, Emilio García Gómez, William Wordsworth, Juan Ruiz Peña, Carlos R. Spiteri, André Chénier, etc.

ESTA EDICION DE "PAJAROS DEL NUEVO MUNDO", DE CONCHA ZARDOYA, VOLUMEN XXVII DE LA COLECCION "ADONAIS", SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GRAFICAS UGUINA EL DIA 1 DE MARZO DE 1946

EDITORIAL HISPANICA